

LA ENFERMEDAD Y LOS ENFERMEROS

ALAIN DERBEZ

Grafólogos y paleógrafos se desvelan ante el papel, mucho más la gente común y corriente, para ver que ocultó en esos símbolos hechos con prisa; ven sin entender que ahí está el remedio, el salvoconducto que, tras ciertas peripecias, los habrá de conducir de la enfermedad, a la sanación y a la salud posible. Es ya un lugar común, fuera del boticario y Virgilio cuya existencia no se vacila en agradecer: ¿quién de los mortales entiende las recetas? Y si no existiera este nuestro guía, nuestro intermediario ¿en quién momentáneamente depositaríamos la esperanza? ¿Y si, lo que es peor, se limitara a ser un simple intérprete que, como en un escritorio público contemporáneo, nos entrega la lectura requerida por cada vez más pesos? De pronto estar enfermo es estar en Babel con ventanillas. Pasamos a la primera para ser recibidos por quien alguien considere pertinente. Ese traducirá en palabras, la mar de inentendibles, lo que nuestra traducción diga de los dolores que nuestro cuerpo siente.

Recuerdo ahora esa clase de redacción en la que mostré a mis alumnos las maneras de decirle, a quien deba decirsele, las formas en que el dolor se muestra: urente, punzante, lancinante, opresivo, represivo... Ya imagino la cara del doctor si llegamos con él y nuestras dominicales palabrejas. Habrá ahí tal vez incredulidad, tal vez asombro, quizás molestia y una mirada que vocablo alguno dirá: "Y usted qué sabe..." En pasando ese trámite, si la enfermedad lo requiriera, otro especialista en otra ventanilla hará su traducción de placas, de ultrasonidos, de líquidos en frascos.

Y uno que está enfermo, que no está para eso, que tiene un cuerpo que requiere descanso, aparece perdido en Babel; aunque eso sí, cargando con la inútil esperanza. Quisiera yo saber, quisiera ser el boticario que lee lo que ahí dice, que surte y que remedia. "Por qué no estudié medicina como quería mi tío?" se alcanza a oír como se puede oír la voz entre las dunas antes de extraviarse entre arenas y viento; como quien suelta insultos contra la ignorancia en la cuneta de la carretera, el cofre destapado, la ineptitud evidente y las manos manchadas. "Doctor —decimos con el tono con el que alguien encomendó su espíritu hace siglos— en tus manos encomendamos nuestro cuerpo ansioso de entender, de hallar salida."

Y el doctor por un momento, para uno y para otro de los protagonistas, se torna como Dios dador de vida. Y no hay peor impotencia que el sabio proceder que atina a decir, si no hay otra manera, que también la medicina y el doctor pueden en ciertos casos ser impotentes. Babel exacerbado: la palabra mata.

¿Adónde aquel doctor que lo atendía a uno, que lo hacía su paciente, el sabio que en consulta consultaba al enfermo y no al efímero portador de enfermedad?

Sin duda, sin dedo que nos tape la mirada, la medicina y la academia han conseguido avances y espectaculares triunfos contra los males físicos. Pero ¿y el sufrimiento? La ignorancia, la incertidumbre, la desinformación, la sobre exposición a mala información, eso que la persona trae dentro del alma, ¿también pueden curarse con lo que el boticario te entrega en una bolsa?

De ello y muchos otros temas escribe Arnoldo Kraus, no sólo en un artículo aparecido el 10 de noviembre de 1996 en La Jornada Semanal, sino en sus semanales colaboraciones en el diario. El sida, tema que 61 constantemente trae a colación, ha vuelto a poner en la palestra la necesidad de reflexionar sobre la enfermedad y la manera en que los médicos y sus asociados en la relación con ella tratan con el enfermo. Arnoldo puso un título, La enfermedad como escritura. Es una boya para mirar que abajo hay todo un mar de fondo. Tanto se sabe ya, creen los especialistas, que no se sabe nada, completan los cínicos en el más griego sentido de ese término.

La razón de este escrito es sugerir al lector que se acerque a Kraus que pronto sacará, si el CNCA no se tarda, un libro sobre el tema, los temas de los que cotidianamente médico y escritor se ocupan. Si el tiempo nos lo hubiera permitido, luego de nuestras ponencias hace unas semanas en un congreso médico en Jerez, Zacatecas, de todo esto hubiéramos platicado públicamente. Estoy seguro que ya habrá oportunidad.

Termino recordando dos anécdotas y un chiste. Ustedes dirán cuál es cual. Esta señora adulta, por no decir mayor, asiste mes con mes a su consulta. El médico la trata con confianza, con responsabilidad, con total conocimiento de causa. La señora sabe que está en un tratamiento aunque no sabe de qué. Una vez por causas de fuerza mayor –los médicos también son humanos y viven o deben de vivir como seres humanos– el doctor deja en su asistente, profesional como él, el compromiso de atender a la paciente. La señora llega confiada en quien su médico confía. El sustituto atiende y congratula a la mujer por sus cuidados, su cáncer por fortuna no ha avanzado. No pasa una semana para que la mujer enferma, fatalmente consciente de su mal, fallezca.

Ahora recuerdo a mi abuela. Eran las cinco de la mañana del día siguiente en que fue internada en aquel hospital. La dejamos sonriente y más calmada. El problema cardiaco había cedido. A esa hora de la madrugada sonó el teléfono, contesté: "¿Usted es pariente de la fallecida Esther Velázquez?" me preguntó la secretaria en turno. Desperté. Abruptamente, despertaron mi cuerpo y también mi mexicano conducirme: ",Cómo que fallecida?" "Oiga, qué no habría manera, no habría modo?", repuso la impertinente e insensible dama. Nunca había oído de un cohecho posmortem... En esa otra ocasión estaba el médico y el paciente que llega sabiendo ya que sus análisis han sido más que estudiados: "¿Qué tengo?", le pregunta esperanzado. "¡Pues que se va a morir, mi amigo!", responde claridoso el médico. "¡Oiga –interrumpe el abatido como quien luego de la cuenta de ocho quisiera lanzar golpes– yo quiero otra opinión"... "Cómo no", continúa el doctor, dando un suspiro y mirándolo de arriba a abajo, "su corbata está horrible".